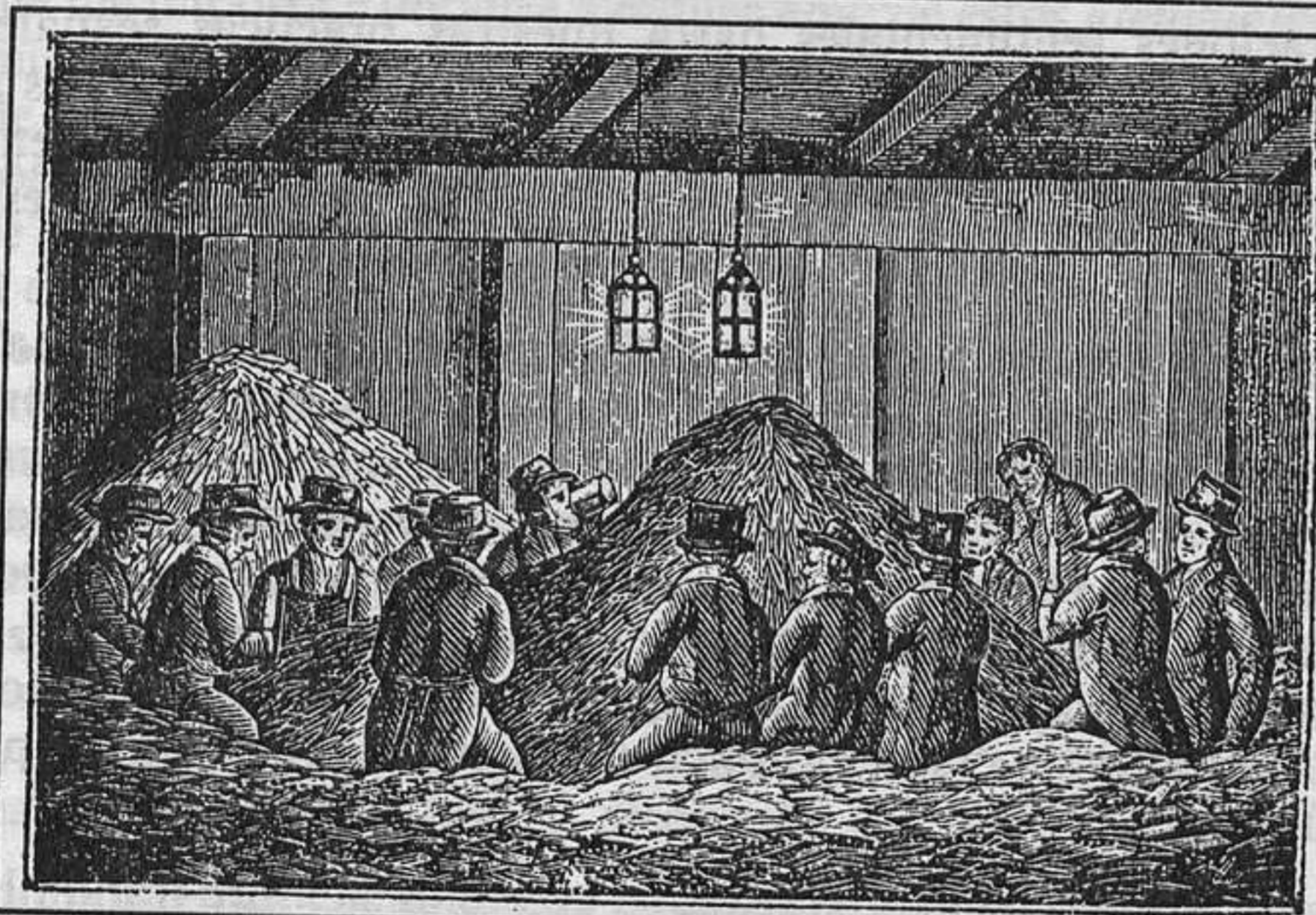

LA SOCIEDAD PERSONALIZADA

X. Rubert de Ventos

análisis y debate



3

Las encuestas

«No lo saben... pero lo hacen.»

Hay algo profundamente irritante en esos *Saberes Absolutos* que interpretan, explican y clasifican a los demás: que les *comprenden* mejor de lo que ellos se comprenden a sí mismos. El marxismo ha servido a menudo para esta práctica: aquellos obreros se *creen* revolucionarios, pero *son objetivamente* aliados de la reacción; estos cristianos *creen* adorar a Dios, pero *de hecho* se postran ante sus propias condiciones de existencia alienadas, etc., etc...

Al gusto, al *mal* gusto de esta operación, nos habían habituado ya nuestros confesores al explicarnos que nuestras dudas y perplejidades —lo que creíamos que eran dudas y perplejidades—, no eran sino la voz del orgullo o el aguijón de la carne que nos impedían aceptar humildemente la verdad. Y para que no perdamos la costumbre, siguen ahora los psiquiatras —por no hablar de los estructuralistas— explicándonos que, cuando creemos desear esto o

aquello, lo que en verdad queremos es eliminar al Padre o conquistar a la muchacha de las trenzas que no nos hizo caso.

Desengañémonos: la creencia más personal, el gesto más espontáneo no son sino *síntomas* cuyo auténtico significado se encargan de desentrañar nuestros intérpretes. Y lo más grave no es tanto el significado concreto que les atribuyen, como el hecho mismo de que les atribuyan uno, es decir, de que los doten invariablemente de un significado, reduciéndolos a «caso» de una ley que ellos conocen y a la que van a iniciarnos...

Lo que deseo apuntar es que esta adicción a los significados universales que fue hasta ahora una deformación propia de intelectuales, ha llegado a constituirse en experiencia común y democrática: en cultura popular. Y ello gracias, fundamentalmente, al uso y consumo masivo de la *Información* bajo la forma de: a) Encuestas, b) Psicología de masas.

A través de las encuestas que la prensa y la televisión difunden cotidianamente, las tendencias y preferencias de la opinión pública se constituyen en un entorno ideológico que inevitablemente encuadra y sitúa las convicciones y acciones de cada individuo. Inmersos en este entorno, nuestra *opinión* adquiere su sentido por su *posición* relativa en una curva de Gauss. Es desde nuestra posición en el espectro de alternativas que percibimos ahora nuestra propia idiosincrasia o fisonomía; es desde ellas que vivimos nuestra normalidad o marginalidad, que tratamos de adaptarnos o singularizarnos. Todo el mundo sabe que los referéndums no se hacen para cuestionar, sino para confirmar al poder, y que las preguntas de una encuesta prefiguran la respuesta que se les va a dar; como de todos es conocido el efecto que sobre las elecciones tiene la anticipación de los resultados. Pero es más, mucho más que esto. En un medio saturado de sondeos y encuestas, desde nuestras aspiraciones sentimentales hasta nuestras prácticas sexuales, desde nuestras inquietudes vitales hasta nuestras expectativas políticas o profesionales, nos aparecen desde el principio como *las de* un conocido 16 por 100 de la población, mayoritariamente joven, de clase media urbana... Antes de *conocernos* empezamos por *reconocernos* en este grupo estadístico: un grupo que nos surte de protección a la vez teórica y emocional.

Desde que los informes de Gallup o Kingsley nos informan de como somos, asumimos nuestras actitudes ya como significativas o sintomáticas. Uno mismo, las propias acciones y convicciones, son siempre síntomas de alguna cosa: de «ruptura generacional», de «desarraigo social», de «recuperación cultural», o de cualquier otra tendencia o corriente del mercado informativo. Pero desde que uno sabe cómo él es, desde que conoce su propia imagen, ya no es como es, sino que *ejerce* su modo de ser o actitud. Esta actitud (el gustar x, no soportar a y, dudar de la originalidad de z, haber desmitificado s) tiene ya una significación repertoriada y computada dentro de la que a uno le basta inscribirse. Nadie *produce* una opinión precisamente porque todos *reproducen* la opinión pública.

Por muy inquietantes que las cifras o recuentos sean, su efecto es siempre tranquilizador en la medida en que le permiten a uno situarse: ya no hay que tomar una *decisión*, basta tomar una posición. La incertidumbre y fragilidad de la propia opción queda cobijada por su «puesto» en la escala de preferencias. Por lo demás, las encuestas van haciéndose más y más personales, con lo que cada vez aprendemos a situar y comprender dimensiones más íntimas de nuestra personalidad. De las encuestas indicadoras de la criminalidad o desempleo hemos pasado a otras mucho más «interesantes» sobre la conducta privada, o mucho más «filosóficas» sobre el sentimiento de frustración social. Los modernos críticos de las encuestas y sondeos han insistido en que sus resultados no son nunca aplicables a ningún individuo en particular. Pero en realidad lo personal no es olvidado sino desplazado: las encuestas olvidan lo personal sólo y en la precisa medida en que personalizan el entorno.

La psicología de masas

Hay que reconocerlo de una vez: la «cultura de masas» va siendo desplazada y suplida cada vez más por una especie de «psicología de masas».

La *personalización* de nuestro entorno, que hemos visto anteriormente a partir de las Encuestas, se manifiesta abiertamente en las revistas o emisiones que nos cuentan hoy cómo somos, qué sentimos y deseamos, cómo se nos ve, qué imagen ofrecemos y cuál aspiramos a ofrecer... Todo aparece aquí innoblemente explicitado; nuestras más íntimas actitudes y motivaciones se nos presentan como un dato o una realidad objetiva: como una serie de posturas, roles, actitudes o aspiraciones que tendemos entonces a vivir *dramáticamente*. Esta dramatización más o menos postiza de la propia existencia puede reconocerse enseguida en la inflación y extrapolación de los estudios sobre el lenguaje y sobre la interacción.

La manía de entenderlo todo como un lenguaje fue antes una experiencia popular americana que una moda intelectual europea. Todo gesto, conducta o actitud son entendidos y *vividos* en USA como lenguajes o meta-lenguajes (lenguaje verbal, corporal, espacial, etc.) que les dotan a la vez de significado general, de eficacia social y de presión operativa.

Hay un *lenguaje del tiempo* por el que se conoce la relación jerárquica entre dos personas, según sea el tiempo que media entre llamar y abrir la puerta del despacho, o por el intervalo entre abrirla y dirigirse a la mesa, deteniéndose más o menos en el umbral. Hay un *lenguaje de la conducta* que define el valor comunicativo de levantar las cejas, bajar los ojos o rascarse la cabeza al hacer una afirmación, y existe también un *lenguaje de los objetos*, que precisa cómo los objetos que utilizamos o de los que nos rodeamos (gadgets o antigüedades, objetos diseñados o colecciones de pipas) nos significan social y psicológicamente. El *lenguaje espacial* define qué espacios son sociófugos y sociópetos, las posiciones y distancias entre las personas que favorecen o inhiben la conversación.

Lo que me importa e impulsa a hablar aquí de estos «*lenguajes*» no es su formulación teórica o académica, sino la difusa pero profusa conciencia pública que de ellos se tiene; es decir, la conciencia de que todas las actividades se inscriben —y significan— en alguno de estos códigos que los medios de comunicación de masas se han encargado de popularizar. Ningún pueblo es tan inseguro de su imagen como el americano, porque tampoco ninguno ha alcanzado esta conciencia colectiva de que las actitudes se articulan siempre en una imagen: de que sus gestos son siempre poses o fotos potenciales de un significado social preciso. Al lado y más allá de la «*Mecánica Popular*» existe una «*Semiología Popular*» por la que la gente ha aprendido que cuando charla, discute, se abraza o se pelea, está practicando ciertas formas de *interacción* social. Las modalidades de esta *interacción* —más que su finalidad u objetivo— se han transformado en la preocupación primaria y en el principal foco de ansiedad. Desde que se quiere ejercer la interacción misma, es decir, controlar su *efecto*, el individuo se hace responsable del significado que va a adquirir: responsable no ya de su acción, sino de la recepción que merezca y del significado que se le atribuya. Perfecto contrapunto de la disolución kantiana-cristiana del acto de la *intención* con que se realizó, se produce hoy su disolución en la *recepción* que vaya a merecer.

Como los pueblos «*primitivos*» o los niños «*mánicos*» que no se sienten cobijados por un orden cósmico o social, sino precisamente responsables de su mantenimiento, la psicología o semiología de masas han transformado al ciudadano medio en responsable del significado de sus acciones. Este significado deja de ser un producto del contexto en que vive para transformarse en el texto mismo que cada uno debe elaborar y cultivar. Hay que empuñar desde el principio los efectos, centrar la atención en el medio que vehicula nuestra expresión, domeñar el mundo de las apariencias que han dejado de aparecernos como resultado más o menos aleatorio para transformarse en nuestra primera responsabilidad.

Lo que hoy se publica y aprende no son las *formas* sociales externas, sino las *reacciones* psicológicas cuyo significado, valor y relevancia son ya una parte integrante de la cultura popular. Cada día nos encontramos con más personas que al describir una charla o discusión no nos cuentan su tema, sino su mismo proceso:

«... yo adopté una posición pasiva, pero ella pareció temer la relación de dependencia que yo generaba, con lo que decidió vengarse de mi atrevimiento ofreciéndome un ego totalmente vulnerable...»

(Entrevista en una revista femenina de modas.)

La intimidación como represión

Es lógico que de la «intensidad psicológica» que describía anteriormente se siga la búsqueda de formas sociales más acordes con ella: de sociedades más personales, íntimas, informales. Ahora quiero mostrar como estas formaciones sociales más intensas, más «comunales», apuntan a la disolución de la sociabilidad misma y al resurgimiento estilizado de formas de control y represión más absolutas, es decir, más personales.

Creo, incluso, que hoy podemos hablar de *la intimidación como represión*. Esta idea —el que la intimidación pueda llegar a ser represiva— choca bastante con las convicciones más generalizadas de nuestro tiempo para que merezca cierta elaboración. Hoy es un tópico la alabanza de la pequeña comunidad, aldea o comuna, donde todo el mundo se conoce y las relaciones son siempre personales, en oposición a la impersonalidad de la vida urbana, donde las relaciones están siempre mediatizadas por un código administrativo, burocrático o técnico. Pero basta haber pertenecido un tiempo a una auténtica comunidad ideológica, territorial o religiosa, para conocer del soberano potencial represivo de un sistema que no se limita a controlar nuestros actos, sino que capitaliza los sentimientos y las intenciones mismas; que no se limita a pedirnos una subordinación práctica sino una participación moral. No es ya en nombre de la salud del Estado, sino en el de *nuestra propia salud* que podemos ser entonces castigados y reprimidos. El «dolor» de la comunidad por nuestro desvarío, su «voluntad de perdón», su «comprensión» por nuestra debilidad, son potentes instrumentos de chantaje no ya social sino personal, íntimo. ¡Cuánto más represivo es siempre un Poder que se quiere paladín de la Justicia que el que pretende, simplemente, monopolizar la Injusticia; cuanto más cruel el que habla de Valores que el que se limita a defender Intereses! Nunca los poderes de hecho han alcanzado el nivel de refinada brutalidad e intolerancia de los que han recibido la sanción moral que los transforma en poderes de derecho.

Es por esto que mi primitiva desazón ante esta sociedad siempre a la búsqueda de las cosas «personalizadas» y de relaciones «significativas», se transforma lisa y llanamente en miedo: miedo de las instituciones cargadas de valores y atenciones psicológicas en que va configurándose la «auténtica comunidad». Porque por mucho que parezcan contrastar, tanto las formulaciones conservadoras de esta aspiración comunal (defensa de la «familia» o del «barrio residencial») como sus formulaciones progresistas (apología de la «fidelidad a los sentimientos» o de la «comuna»), coinciden en su visión —y reducción— psicomórfica de la realidad social. La verdad social última es el «contacto personal» que suple la «relación social», del mismo modo que la «expresión corporal» tiende a suplir las formas más arcaicas de represión e integración institucional.

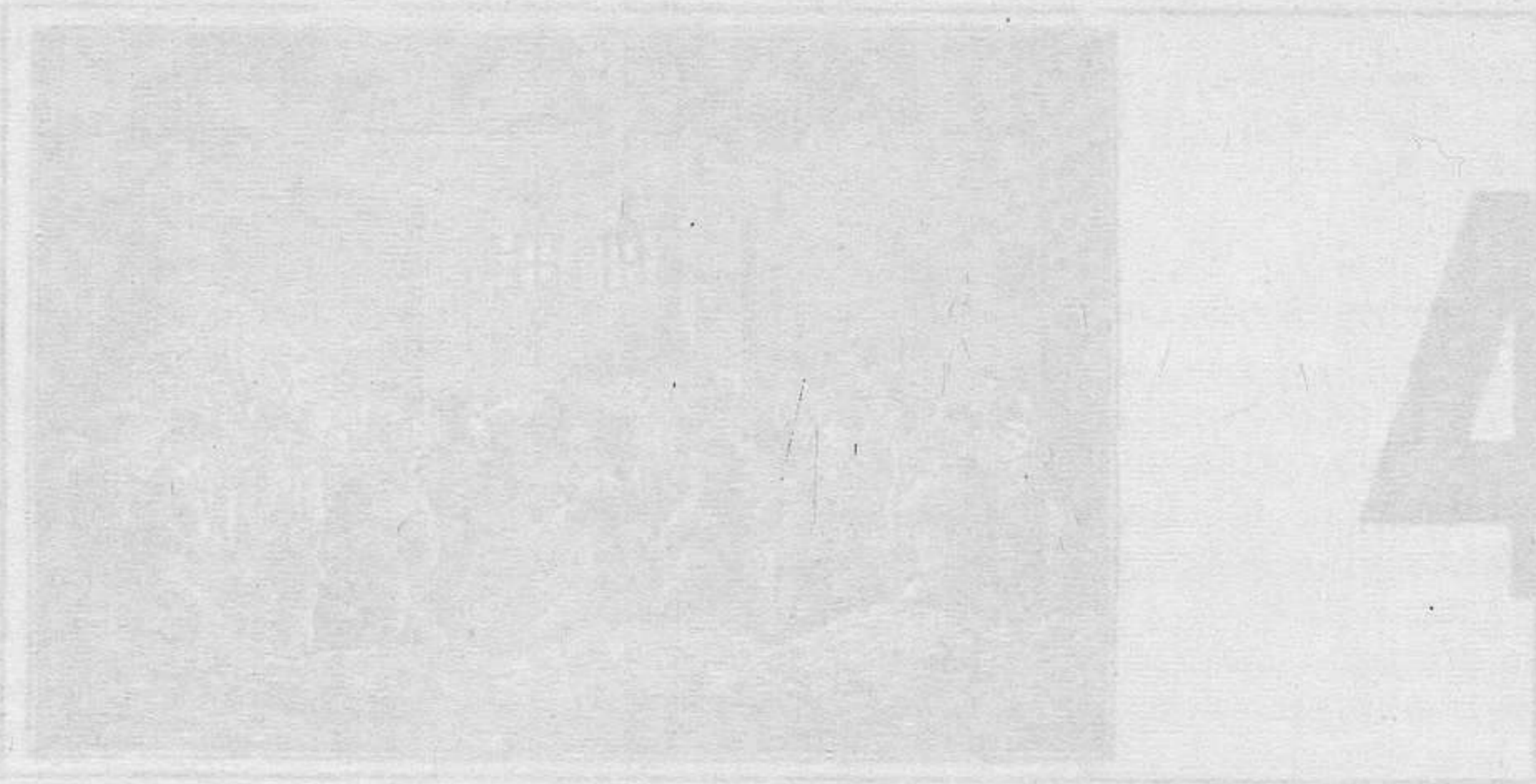
En cualquier caso, la profunda realidad social —y liberal— del ceremonial, del rito y las formas cortesanas, es definida como hipocresía y evacuada como residuo de épocas menos evolucionadas. Los sociólogos pretenden entonces explicar la sociedad a partir del carácter y las motivaciones de los participantes, expulsando de su discurso otros ingredientes *impersonales* (la historia, el sistema de producción, las clases sociales), con lo que el tema del cambio social desaparece a favor del tema del cambio de carácter, y con los que, evidentemente, queda intacta la estructura de dominación.

Pero tampoco es exacto decir que deja intacta esta estructura. De hecho, esta sociedad «personalizada» produce frustraciones y formas de represión específicas, siempre más y más íntimas. Por un lado, la penalización de quien no «pertenece» o no «comunica», la censura sistemática de todo distanciamiento o reticencia, así como la recompensa asociada a las actitudes «abiertas», tiende a producir una auténtica escalada en la que cada uno trata de demostrar que es él, y no el otro, quien de verdad pertenece, colabora, siente; que, como los cerdos de Orwell, «él es más igual que los demás». Por otro lado, desde que el éxito social es entendido como símbolo y recompensa de la virtud personal, el fracaso, como para el calvinismo, es vivido como confirmación de una inferioridad crónica, inherente a la persona misma, y no atribuible a su circunstancia.

La disolución psicológica de lo social transforma así toda carencia en estigma personal. Es más, al gravitar toda la responsabilidad sobre el individuo, las tomas de posición colectivas o revolucionarias pierden todo sentido. El resentimiento o desajuste social, que podían antes canalizarse —y purgarse— en la lucha o denuncia contra las estructuras sociales de dominación, sólo les cabe ahora traducirse en ansiedad, en sorda e impotente conciencia de marginalidad y de culpa, sin otra salida que la aniquilación de uno mismo como individuo, y, eventualmente, el asesinato o violación de otros individuos. En cierto modo, toda sociedad diseña de antemano las formas de contestación posibles: una sociedad que ha personalizado y transformado en significado objetivo todos sus imperativos, no permite otra salida que la destrucción de este sentido mismo: la violencia revolucionaria sólo se supera así al precio de dejar su lugar a la violencia gratuita.

R. Valles Del Rio

análisis y debate



4

El propósito de las reflexiones que a continuación siguen es analizar, en términos breves y esquemáticos por razones de economía del presente trabajo, las relaciones existentes entre la expresión más típica y genuina de la voluntad del Estado en el campo de las relaciones de trabajo y la expresión, igualmente típica y genuina, de la afirmación de los grupos sociales del poder de autorreglamentar sus intereses recíprocos. En otras palabras, mi intención es abordar las relaciones entre norma estatal y norma colectiva en cuanto a las soluciones de regulación de condiciones de trabajo y empleo en un sistema democrático de relaciones laborales.

La oportunidad de abrir entre nosotros un debate serio y en profundidad sobre la cuestión apenas enunciada se justifica, al menos, por las siguientes razones. La primera se debe, por decirlo con Bobbio, a la persistente conexión entre una cierta imagen del Derecho con una cierta concepción del Estado¹, es decir, a la permeabilidad de la intervención normativa del Estado (de su función y de su ámbito) con la visión que de la sociedad en general se pretende imponer o conservar desde el poder. La adhesión de nuestra Constitución a una concepción del Estado de